Bertolt Brecht



BAAL

Personajes

Baal, poeta lírico

Mech, comerciante al por mayor y editor Emilie, su mujer

Dr. Piller, crítico

Johannes Schmidt

Pschierer, director de Aguas

Un joven

Una señora joven

Johanna

Ekart

Luise, camarera

Las dos hermanas

La dueña de la casa

Sophie Barger

El vagabundo

Lupu

Mjurk

La soubrette

Un pianista

El párroco

Bollebol

Gougou

El viejo mendigo

Maja la pordiosera

La mujer joven

Watzmann

Una camarera

Dos gendarmes

Carreteros

Campesinos

Leñadores

CORAL DEL GRAN BAAL

Cuando Baal ya crecía en el seno materno era pálido el cielo, era grande y eterno, tan desnudo y tan joven, casi un cielo irreal, como Baal lo quería, cuando al fin nació Baal.

Y el cielo estaba allí, con pena o alegría, también si Baal dormido, feliz, no lo veía: de noche era violeta y Baal un borrachón devoto en la mañana color melocotón.

Y va de tasca en tasca, iglesia u hospital, Baal sigue indiferente, cambiando de costumbre. Por más que esté cansado, jamás se hundirá Baal: hará bajar al cielo, con toda certidumbre.

En masa vergonzosa de pobres pecadores se arroja Baal desnudo, revolcándose en paz: el cielo únicamente, el cielo y sus colores recubren majestuosos su desnudez procaz.

Y el mundo, mujerzuela que se entrega riendo a todo el que se deja en sus piernas triturar le dio algún que otro éxtasis, que le iban complaciendo, mas Baal nunca moría: no hacía más que mirar.

Y si Baal veía sólo cadáveres en torno disfrutaba aún el doble, sin ningún embarazo. Aún hay sitio, decía, no nos causa trastorno, aún hay sitio, decía, en este amplio regazo.

La mujer, dice Baal, que os lo ha dado ya todo,

ique se vaya a paseo y que encuentre acomodo! Nunca teme a los hombres: con mujer, son igual. Pero teme a los hijos del mismísimo Baal.

Cualquier vicio, no hay duda, siempre sirve de algo, y también los viciosos, yo ni entro ni salgo. Si los vicios son buenos, hay que hacer de manera que se tenga más de uno, porque el tiempo no espera.

Pero no seas vago, no me seas tan flojo.
iDisfrutar siempre exige, como hay Dios, mucho arrojo!
Hace falta ser fuerte y tener experiencia:
y un gran vientre requiere muchas veces paciencia.

Hacia los gordos buitres Baal levanta la vista, en el cielo ya esperan el cadáver de Baal. Pero él se hace el muerto y no hay quien se resista. Baal se zampa a los buitres, silencioso y genial.

En el Valle de Lágrimas, bajo estrellas sombrías, pasta Baal en los prados, chasqueando la lengua. Cuando están ya pelados y han quedado baldíos, duerme siesta en el bosque, más su sueño no mengua.

Y si el oscuro seno se lo lleva consigo: ¿qué es el mundo para él? Baal está siempre lleno. Y es que ha sido del cielo tantas veces testigo, que hasta muerto su cielo es un cielo sereno.

Cuando Baal se pudría ya quizá en el infierno era pálido el cielo, era grande y eterno, tan desnudo y tan joven, casi un cielo irreal. Tal como Baal lo quiso, tal como lo vio Baal.

COMEDOR

Mech, Emilie Mech, Pschierer, Johannes Schmidt, el Dr. Piller, Baal y otros invitados entran por una puerta de dos hojas.

MECH, a Baal: Un poco de vino, señor Baal? Todos se sientan, Baal en el puesto de honor.

MECH. ¿Le gustan los cangrejos? Esto es cadáver de anguila. PILLER, a Mech: Me alegro de que los inmortales poemas del señor Baal, que he tenido el honor de leerle, hayan merecido su aprobación. A Baal: Tiene usted que publicar su poesía. El señor Mech paga como un mecenas. Podrá usted dejar su buhardilla.

MECH. Compro troncos de canela. Bosques enteros de troncos de canela bajan flotando para mí por los ríos brasileños. Pero publicaré también su poesía.

EMILIE. ¿Vive usted en una buhardilla?

BAAL, comiendo y bebiendo: Klauckestrasse 64.

MECH. En realidad, estoy demasiado gordo para la poesía. Pero tiene usted el cráneo como un hombre del archipiélago malayo, que tenía la costumbre de que lo hicieran trabajar a latigazos. Sólo trabajaba enseñando los dientes.

PSCHIERER. Señoras y señores. Lo confieso francamente: me ha conmovido encontrar a un hombre así en condiciones tan modestas. Como ustedes saben, descubrí a nuestro querido maestro en mi oficina cuando era un simple principiante. Me atrevo a decir que es una vergüenza para nuestra ciudad dejar que una personalidad así trabaje a sueldo. Lo felicito, señor Mech, porque su salón será llamado cuna de la fama mundial de este genio, sí señor, genio. iA su salud, señor Baal!

BAAL hace un gesto de rechazo; come.

PILLER. Escribiré un ensayo sobre usted. ¿Tiene originales? Yo puedo contar con los periódicos.

UN JOVEN. ¿Cómo consigue esa condenada ingenuidad, querido maestro? Es algo realmente homérico. Considero a Homero como una o varias personas, sumamente cultas, que adaptaban con gran gusto la ingenuidad de las epopeyas populares.

UNA SEÑORA JOVEN. A mí me recuerda usted más a Walt Whitman. Pero en más importante. Digo yo.

OTRO HOMBRE. Y, sin embargo, tiene más bien algo de Verhaeren, digo yo.

PILLER. iVerlaine! iVerlaine! Hasta en su fisonomía. No se olviden de nuestro Lombroso.

BAAL. Un poco más de anguila, por favor.

LA SEÑORA JOVEN. Pero usted tiene la ventaja de ser más impúdico.

JOHANNES. El señor Baal les canta sus poemas a los carreteros. En una taberna, a orillas del río.

EL JOVEN. Santo cielo, usted, maestro, es mejor que todos esos. Los poetas de hoy no le llegan a la altura del zapato.

EL OTRO HOMBRE. En cualquier caso, es una esperanza.

BAAL. Un poco más de vino, por favor.

EL JOVEN. Lo considero el precursor del gran Mesías de la poesía europea, al que esperamos con absoluta certeza para el futuro más inmediato.

LA SEÑORA JOVEN. Venerado maestro, señores. Permítanme que les lea un poema de la revista Revolución, que les interesará igualmente. *Se levanta y lee*:

El poeta evita los acordes luminosos.

Sopla las trompetas, fustiga el tambor.

Levanta a su pueblo con frases cortadas.

El mundo nuevo

estirpando el del tormento,

isla de una Humanidad feliz.

Discursos. Manifiestos.

Cantos en las tribunas.

El nuevo santo, Estado, predicad la sangre de los pueblos, sangre de su sangre, inoculada.

Comienza el paraíso.

—iDifundamos una atmósfera de grisú!—
iEstudiad! iPreparaos! iAdiestraos!

Aplausos.

LA SEÑORA JOVEN, precipitadamente: iPermítanme! Hay otro poema más en este número. Lee:

El sol lo había cocido el viento lo había secado los árboles no lo querían, lo daban siempre de lado.

Sólo un acerolo bueno poblado de bayas rojas como con lenguas de fuego, le dio refugio en sus hojas.

Y allí quedó balanceándose, sus pies todavía en el suelo. Y el sol poniente con sangre bañó sus flancos de duelo.

Y golpeó los olivares atravesando el paisaje, Dios, con su túnica blanca se apareció entre el celaje.

En las campiñas floridas serpientes cantan su amor, y en las gargantas de plata gorjeaba un suave rumor.

Y estaban todos temblando sobre el follaje frondoso al oír las manos del Padre con su veteado hermoso.

Aplausos.

VOCES. Genial. —Demoníaco y, sin embargo, de buen gusto. —Sencillamente divino.

LA SEÑORA JOVEN. En mi opinión, es lo que más se aproxima al sentimiento cósmico de Baal.

MECH. Tendría usted que viajar. Los montes abisinios. Le gustarían.

BAAL. Ellos no vienen a mí.

PILLER. ¿Para qué? ¡Con su sentimiento vital! Sus poemas me han hecho una gran impresión.

BAAL. Los carreteros me pagan algo cuando les gustan.

MECH bebe: Publicaré su poesía. Dejaré que vayan a la deriva los troncos de canela o haré ambas cosas.

EMILIE. No deberías beber tanto.

BAAL. No tengo camisas. Unas camisas blancas me vendrían bien.

MECH. ¿No le interesa la cuestión editorial?

BAAL. Pero tendrían que ser suaves.

PILLER, *irónico*: En su opinión, ¿en qué podría serle útil? EMILIE. Escribe usted unos poemas tan maravillosos, señor Baal. Se muestra en ellos tan delicado.

BAAL, a Emilie: ¿No quiere tocarnos algo en el armonio?

Fmilie toca.

MECH. Me gusta comer al son del armonio.

EMILIE, a Baal: Por favor, no beba tanto, señor Baal.

BAAL, mirando a Emilie: ¿Así que flotan troncos de canela para usted, Mech? ¿Bosques enteros talados?

EMILIE. Puede beber cuanto quiera. Solo era un ruego.

PILLER. También bebiendo promete usted mucho.

BAAL, a Emilie: iToque usted más alto! Tiene hermosos brazos.

Emilie se interrumpe y se acerca a la mesa.

PILLER. ¿Es que no le gusta la música en sí?

BAAL. No puedo oír la música. Hablan ustedes demasiado. PILLER. Es usted un puerco espín extraño, Baal. Parece que no quiere que lo publiquen.

BAAL. ¿No comercia también con animales, Mech?

MECH. ¿Tiene usted algo en contra?

BAAL, acariciándole a Emilie el brazo: ¿Por qué le interesan mis poemas?

MECH. Sólo quería hacerle un favor. ¿Por qué no nos pelas unas manzanas, Emilie?

PILLER. Tiene miedo de que lo exploten... ¿No se le ha ocurrido aún en qué podría servirle?

BAAL. ¿Lleva siempre unas mangas tan amplias, Emilie? EMILIE. Ahora sí que debería dejar el vino.

PSCHIERER. Quizá debiera ser un tanto precavido con el alcohol. Muchos genios...

MECH. ¿No quiere darse un baño? ¿Hago que le preparen una cama? ¿Ha olvidado alguna otra cosa?

PILLER. Ya van río abajo sus camisas, Baal.

BAAL bebe: ¿Por qué ese monopolio? Váyase a la cama, Mech. MECH, que se ha levantado: Me gustan todos los animalitos de Dios. Pero con este no se puede tratar. Vamos, Emilie; vamos, señores.

Todos se han levantado indignados.

VOCES. iSeñor! —iInaudito! —iEs algo que...!

PSCHIERER. Señor Mech, estoy trastornado...

PILLER. Su poesía tiene algo de perverso.

BAAL, a Johannes: ¿Cómo se llama este señor?

JOHANNES. Piller.

BAAL. Piller, puede usted mandarme periódicos viejos.

PILLER, saliendo: iPara mí usted no existe! Ni existe para la

Literatura.

Salen todos menos Baal.

CRIADO, entrando: Su abrigo, señor.

BUHARDILLA DE BAAL

Noche estrellada. Junto a la ventana Baal y el joven Johannes. Contemplan el cielo.

BAAL. Cuando se está de noche sobre la hierba, tendido, se siente en los huesos que la Tierra es redonda y que volamos y que en este astro hay animales que devoran sus plantas. Es uno de los astros más pequeños.

JOHANNES. ¿Sabe algo de astronomía?

BAAL. No.

Silencio.

JOHANNES. Tengo una amada que es la mujer más inocente del mundo, pero en sueños vi una vez cómo la poseía un enebro: su blanco cuerpo estaba tendido sobre el enebro, que la abrazaba con sus ramas nudosas. Desde entonces no puedo dormir.

BAAL. ¿Has visto ya alguna vez ese blanco cuerpo?

JOHANNES. No. Ella es inocente. Hasta sus rodillas... ¿Hay muchos grados de inocencia, no? Sin embargo, cuando a veces, de noche, la acompaño del brazo para dar un paseo, tiembla como una hoja, pero sólo de noche. Y yo soy demasiado débil para hacerlo. Tiene diecisiete años.

BAAL. En tu sueño, ¿le gustaba a ella el amor? JOHANNES. Sí.

BAAL. ¿Lleva ropa interior blanca en torno al cuerpo, una camisa de nieve entre las rodillas? Cuando la hayas poseído, quizá no sea más que un montón de carne sin rostro. JOHANNES. Dice usted lo que siento siempre. Yo pensaba que era un cobarde. Comprendo: también usted cree que un abrazo es algo sucio.

BAAL. Eso es lo que gruñen los cerdos cuando no lo consiguen. Pero si estrechas esas caderas virginales, te convertirás en Dios por el miedo y la felicidad de esa criatura. Lo mismo que el enebro tiene muchas raíces entrelazadas, tendréis muchos miembros en un solo lecho, y allí latirán los corazones y correrá la sangre.

JOHANNES. iPero la Ley lo castiga, y los padres!

BAAL. Tus padres — coge la guitarra — son personas anticuadas. ¿Cómo pueden abrir la boca, en la que pueden verse sus dientes podridos, para hablar contra el amor, del que puede morir cualquiera? Porque si no soportáis el amor, tendréis que vomitaros encima. Afina la guitarra.

JOHANNES. ¿Se refiere al embarazo?

BAAL, dando unos acordes bruscos: Cuando el verano pálido y suave se aleja flotando y ellas están empapadas de amor como esponjas, se convierten de nuevo en animales, malvados y pueriles, deformes con sus vientres abultados y sus pechos colgantes y con brazos pegajosos como viscosos pólipos, y sus cuerpos se desintegran y debilitan hasta morir. Y paren con gritos monstruosos, como si se tratase de un nuevo universo, un pequeño fruto. Vomitarán entre sufrimientos lo que un día absorbieron con lujuria. Puntea escalas. Hay que tener dientes;

entonces el amor es como cuando se muerde una naranja y el jugo nos chorrea entre los dientes.

JOHANNES. Tiene los dientes de un animal: amarillentos, sólidos, inquietantes.

BAAL. Y el amor es como cuando se deja flotar el brazo desnudo en el agua de un estanque, con algas entre los dedos; como el tormento que empieza a cantar gimiendo ante el árbol borracho sobre el que cabalga el viento salvaje; como un ahogarse a sorbos de vino en un día caluroso, cuando el cuerpo de ella nos penetra como un vino muy fresco en todos los repliegues de la piel, las articulaciones son suaves como plantas al viento, y la violencia del choque, que cederá, es como volar contra la tempestad, y el cuerpo de ella rueda sobre ti como grava fría. Pero el amor es también como un coco, que es bueno mientras está fresco, y hay que escupir cuando el jugo ha sido exprimido y queda sólo la pulpa, que sabe amargo. Tira la guitarra. Pero ya me he cansado de la canción. JOHANNES. Entonces, ¿quiere usted decir que debo hacerlo, ya

que es algo tan bonito?

BAAL. Quiero decir que debes guardarte de hacerlo, iJohannes!

TASCA

Mañana. Baal. Carreteros. Ekart al fondo con la camarera Luise. Por la ventana se ven nubes blancas.

BAAL, contándoles a los carreteros: El me echó de sus blancos salones porque vomité su vino. Pero su mujer corrió detrás de mí y, por la noche, hubo una fiesta. Sin embargo, ahora no puedo quitármela de encima y estoy harto.

CARRETEROS. Esa se merece unos azotes en el trasero. —Son calientes como yeguas, pero más estúpidas. iTendrían que comer ciruelas! —Yo siempre le doy una paliza a la mía, antes de contentarla.

JOHANNES entra con Johanna: Esta es Johanna.

BAAL, a los carreteros, que se dirigen hacia el fondo: Ahora estoy con vosotros para cantaros algo. Buenos días, Johanna. JOHANNA. iJohannes me ha leído canciones suyas! BAAL. Vaya. ¿Cuántos años tiene?

JOHANNES. Cumplió diecisiete en junio.

JOHANNA. Estoy celosa. Siempre está hablando de usted. BAAL. iEstá enamorada de su Johannes! Estamos en primavera. Estoy esperando a Emilie... Amar es mejor que gozar.

JOHANNES. Comprendo que acudan a usted los corazones masculinos, pero ¿cómo puede tener éxito con las mujeres? EMILIE entra apresuradamente.

BAAL. Ahí está. Buenos días, Emilie. Johannes ha traído a su novia. ¡Siéntate!

EMILIE. iCómo puedes citarme aquí! iNada más que chusma, y en esta tasca! Eso es lo que te gusta.

BAAL. ¡Luise! ¡Un aguardiente para la señora!

EMILIE. ¿Quieres dejarme en ridículo?

BAAL. No. Vas a beber. Todos somos humanos.

EMILIE. Tú no eres humano.

BAAL. Eso lo sabes tú. *Le alarga a Luise el vaso.* Sin tacañería, doncella. *La abraza.* Hoy estás condenadamente blanda, como una ciruela.

EMILIE. iQué grosero eres!

BAAL. iGrítalo más alto, amada!

JOHANNES. En cualquier caso, esto es interesante. La gente sencilla. iCómo bebe y se divierte! Y esas nubes en la ventana!

EMILIE. ¿También lo ha arrastrado aquí? ¿Á esas nubes blancas?

JOHANNA. ¿No sería mejor que nos fuéramos a los prados del río, Johannes?

BAAL. iNada de eso! iNos quedamos aquí! Bebe. El cielo es violeta, sobre todo si se está borracho. La camas en cambio son blancas. Antes. Hay amor entre el cielo y la tierra. *Bebe.* ¿Por qué sois tan cobardes? iEl cielo está abierto, pequeñas

sombras! iLleno de cuerpos! iPálido de amor!

EMILIE. Otra vez has bebido demasiado y ahora parloteas. iPero con ese maldito y maravilloso parloteo la lleva a una a donde quiere!

BAAL. El cielo —bebe— también amarillo a veces. Con aves de rapiña. Tenéis que emborracharos. Mara bajo la mesa. ¿Quién me está dando en la espinilla? ¿Eres tú, Luise? iAh: eres tú, Emilie! Bueno, no importa. iBebe!

EMILIE, *levantándose a medias*: No sé qué te pasa hoy. Quizás he hecho mal en venir.

BAAL, ¿Ahora te das cuenta? Pero te puedes quedar tranquilamente.

JOHANNA. No debería usted ser así, señor Baal.

BAAL. Tiene buen corazón, Johanna. ¿No engaña alguna vez a su marido, eh?

UN CARRETERO, relinchando: iLa puta de triunfo! iMato!

SEGUNDO CARRETERO. iSigue dándole, dijo la fulana, que ya hemos pasado lo peor! *Risas.* iTendría que tragar ciruelas!

TERCER CARRETERO. iTendrías que avergonzarte de serme infiel!, dijo la señora al mozo, que estaba acostado con la criada.

Risas.

JOHANNES, a Baal: iHazlo por Johanna, que es una niña! JOHANNA, a Ensilie: ¿Quiere venir conmigo? Nos iremos las dos.

EMILIE, sollozando sobre la mesa: Ahora me avergüenzo.

JOHANNA, rodeándola con el brazo: La entiendo muy bien, no importa.

EMILIE. iNo me mire así! Usted es muy joven aún. No sabe nada de nada.

BAAL, *levantándose sombrío*: Comedia: iLas hermanas en los infiernos!

Se acerca a los carreteros, coge la guitarra de la pared y la afina.

JOHANNA. Está bebido, señora. Mañana se arrepentirá. EMILIE. Si usted supiera: siempre es así. Y yo le quiero. BAAL canta:

Orge me decía:

El más bello sitio que en la tierra existe no es sin duda el césped de una tumba triste.

Nunca es una iglesia, ni un lecho de puta, ni es ese regazo donde se disfruta.

Orge me decía que si está en un brete no hay sitio más bello que algún buen retrete.

Ese es un lugar de grandes momentos.

Ese es entre las estrellas y los excrementos.

Un lugar espléndido, nunca te incomodas, puedes estar solo en tu noche de bodas.

Un lugar humilde donde aquel que viene sabe que es un hombre que nada retiene.

Un lugar muy sabio, donde a la barriga puedes prepararla para lo que siga.

Donde, aún reposando, amorosamente, haces siempre algo, insistentemente.

Donde te das cuenta, si llega la hora, de que eres un tipo que, hasta allí... idevora! CARRETEROS, *aplaudiendo*: iBravo! —iQué hermosa canción! iUn coñac para el señor Baal, si lo acepta! —Y la ha compuesto él solito. —iHay que descubrirse!

LUISE, en el centro de la sala: iEs usted increíble, señor Baal! UN CARRETERO. Si se dedicara usted a algo útil: haría carrera. Llegaría a ser rápidamente agente de transportes.

SEGUNDO CARRETERO. iHabría que tener una cabezota así!

BAAL. iNo se engañen! iTambién hay que tener un trasero y todo lo demás! iA tu salud, Luise!

Vuelve a su mesa.

iÁ tu salud, Emmi! iVamos, bebe al menos, ya que no sabes hacer otra cosa! iQue bebas te digo!

Emilie, con lágrimas en los ojos, prueba el vaso de aguardiente.

BAAL. Eso está bien. iAhora al menos tendrás un poco de fuego!

EKART se ha levantado y, saliendo de detrás del mostrador, se adelanta despacio hacía Baal. Es un tipo delgado e imponente: iBaal! iDéjalo estar! iVen conmigo, hermano! A las calles de polvo duro: de noche el aire se vuelve violeta. A las tascas llenas de borrachos: a los ríos negros caen las mujeres que tú has hinchado. A las catedrales de mujercitas blancas; tú dirás: ¿Se puede respirar aquí? A los establos, donde se duerme entre animales: están oscuros y llenos de mugidos de vacas. Y a los bosques, donde tendremos arriba el sonido del bronce y olvidaremos la luz del cielo: Dios nos ha olvidado. ¿Sabes aún qué aspecto tiene el cielo? iTe has convertido en tenor! Abre los brazos. iVen conmigo, hermano! iBaile, música y bebida! iLluvia hasta los huesos! iSol hasta los huesos! iTinieblas y luz! iMujeres y perros! ¿Tanto has degenerado?

BAAL. iLuise! iUn ancla! iNo dejes que me vaya con él! Luise se le acerca. iAyudadme, muchachos!

JOHANNES. iNo te dejes seducir!

BAAL. iMi querido cisne!

JOHANNES. iPiensa en tu madre y en tu arte! iSé fuerte! *A Ekart:* iDebería avergonzarse! iEs usted el diablo!

EKART. iVen, hermano Baal! iVolaremos al cielo felices como dos palomas blancas! iLow ríos a la luz del sol naciente! iLos campos de Dios al viento y el olor de campiñas infinitas, antes de la siega!

JOHANNA. iAguante firme, señor Baal!

EMILIE, apretándose contra él: iNo debes hacerlo! iMe oyes! iSería una lástima!

BAAL. iEs demasiado pronto, Ekart! iTodavía hay otras posibilidades! iEllos no nos acompañan, hermano!

EKART. iEntonces vete al diablo, alma de cántaro de corazón adiposo! Sale.

CARRETEROS. iVenga ese diez de tréboles! —iDiablos! A contar —iSe acabó!

JOHANNA. iEsta vez ha ganado usted, señor Baal!

BAAL. ¡Estoy sudando! ¿Está libre hoy, Luise?

EMILIE. iNo debes hablar así, Baal! No sabes el daño que me haces.

LUISE. Deje a la señora, señor Baal. Que ha perdido la cabeza puede verlo hasta un niño.

BAAL. ¡Cállate la boca, Luise! ¡Horgauer!

UN CARRETERO. ¿Qué quiere de mí?

BAAL. Ahí hay una mujer maltratada que necesita amor. iDale un beso, Horgauer!

JOHANNES. iBaal!

Johanna abraza a Emilie.

CARRETEROS, dando en la mesa con los puños y riéndose: iVenga, Andreas! —iManos a la obra! —Cosa fina. iSuénate antes los mocos, André! —iQué bestia es usted, señor Baal!

BAAL. ¿Eres fría, Emilie? ¿Me quieres? ¡Es un tímido, Emmi! ¡Bésalo tú! Si me pones mala cara a la gente, vas a ver lo que es bueno. Uno. Dos. El cochero se inclina.

EMILIE: levanta hacia él su rostro bañado en lágrimas, él la besa sonoramente.

Grandes risas.

JOHANNES. ¡Eso ha estado mal, Baal! Beber lo hace malvado y entonces se siente bien. Es demasiado fuerte.

CARRETEROS. iBravo! iQué se le habrá perdido a esa en las tascas! —iAsí tiene que ser un hombre! —iEs una adúltera! —iTiene lo que se merece! Se disponen a irse. iDebería comer ciruelas!

JOHANNA. iQué asco, deberían avergonzarse!

BAAL, acercándose a ella: ¿Por qué le tiemblan las rodillas, Johanna?

JOHANNES., ¿Qué quieres?

BAAL poniéndole la mano en el hombro: iPor qué quieres escribir también poesía! Cuando la vida es tan decente: cuando nos deslizamos de espaldas sobre un río tumultuoso, desnudos bajo un cielo de color naranja, y sólo vemos cómo ese cielo se vuelve violeta, y luego negro como un agujero... cuando pisoteamos a nuestro enemigo... o ponemos música a nuestro dolor... o, sollozando de penas de amor, nos comemos una manzana... o hacemos curvarse sobre un lecho un cuerpo de mujer...

JOHANNES se lleva afuera a Johanna en silencio.

BAAL, apoyado en la mesa: ¿Lo habéis notado? ¿No os ha recorrido la piel? iHa sido un circo! iHay que soltar las fieras! iLas fieras al sol! iPagar! iEl amor a la luz del día! iDesnudos al sol bajo el cielo!

CARRETEROS, estrechándole la mano: iAdiós señor Baal! —iPara servirle, señor Baal! —Mire, señor Baal: Yo siempre me he dicho: el señor Baal debe de andar mal de la cabeza. Con todo eso de las canciones y en general. Pero una cosa es segura: itiene el corazón en su sitio! —iHay que saber tratar a las mujeres! —Hoy, hoy mismo se les ha visto el culo. —iBuenos días, señor circo! Salen.

BAAL. iBuenos días, queridos amigos! *Emilie se ha echado en el banco y solloza. Baal le acaricia la frente con el dorso de la mano.* iEmmi! Ahora puedes estar tranquila. Ya se ha acabado.

Le levanta la cara, le aparta el pelo del rostro mojado. iOlvídalo! Se arroja pesadamente sobre ella y la besa.

BUHARDILLA DE BAAL

1

Amanecer. Baal y Johanna sentados al borde de la cama.

JOHANNA. iPero qué he hecho! Soy mala.

BAAL. iSería mejor que te lavaras!

JOHANNA. Todavía no sé cómo.

BAAL. Toda la culpa es de Johannes. Te arrastra hasta aquí y se larga con viento fresco en cuanto comprende por qué te tiemblan las rodillas.

JOHANNA, poniéndose en pie, más bajo: Si hubiera vuelto...

BAAL. Y ahora viene la parte literaria. Se acuesta otra vez. Alborada en el monte Ararat.

JOHANNA. ¿Me levanto?

BAAL. Después del diluvio. ¡Quédate acostada!

JOHANNA. ¿No quieres abrir la ventana?

BAAL. Me gusta este olor... ¿Qué te parecería una nueva edición? Lo pasado, pasado.

JOHANNA. iCómo puede ser tan vulgar!

BAAL, *perezosamente, en la cama*: Blanco y purificado por el diluvio, Baal deja que sus pensamientos vuelen como palomas sobre las aguas negras.

JOHANNA. ¿Dónde está mi corpiño? Así no puedo...

BAAL, alargándoselo: iToma!... ¿Qué es lo que no puedes, querida?

JOHANNA. Irme a casa. Lo deja caer, pero se viste.

BAAL silba: iQué chica más revoltosa! Se te notan todos los huesos, iDame un beso!

JOHANNA, junto a la mesa, en medio de la habitación: iDime

algo! Baal guarda silencio. ¿Me quieres aún? ¡Dímelo! Baal silba. ¿No puedes decírmelo?

BAAL, mirando al techo: Estoy hasta la coronilla.

JOHANNA. ¿Y qué ha sido entonces lo de esta noche? ¿Y lo de antes?

BAAL. Johannes es muy capaz de armar jaleo. También Emilie anda por ahí como un velero con una vía de agua. Aquí podría morirme de hambre. Y vosotras sois incapaces de mover un dedo por uno. Lo único que os importa es una cosa.

JOHANNA recoge la mesa, confusa: ¿Y... nunca has sentido otra cosa por mí?

BAAL. ¿Te has lavado? iNo tienes sentido común! ¿Es que no te ha gustado también? iPues en marcha hacia casa! A Johannes le puedes decir que ayer te llevé yo a casa, echando pestes de él. Ha llovido. Se envuelve en la manta.

JOHANNA. ¿Johannes? Se dirige fatigosamente hacia la puerta, sale.

BAAL, volviéndose vivamente: iJohanna! Sale de la cama y va a la puerta, iJohanna! Junto a la ventana. iSe va! iSe va!

2

Mediodía. Baal en la cama.

BAAL, canturreando:

Beber hacia el cielo de noche

oscuro; y a veces violeta;

tu cuerpo en camisa, un derroche...

LAS DOS HERMANAS entran abrazadas.

LA HERMANA MAYOR. Nos dijo que le hiciéramos otra visita. BAAL sigue canturreando:

De golpes en cama discreta.

LA MAYOR. Ya estamos aquí, señor Baal.

BAAL. Ahora vienen de dos en dos al palomar, iDesnudaos! LA MAYOR. Nuestra madre oyó rechinar la escalera la semana pasada. Le abre la blusa a su hermana.

LA MENOR. Ya estaba oscuro en la escalera cuando subimos a hurtadillas a esta habitación.

BAAL. Un día me hartaré de vosotras.

LA MENOR. iYo me tiraría al río, señor Baal!

LA MAYOR. Seríamos dos...

LA MENOR. Me da vergüenza, hermana.

LA MAYOR. No es la primera vez...

LA MENOR. Pero nunca había tanta luz, hermana. Fuera es pleno mediodía.

LA MAYOR. Ni tampoco la segunda...

LA MENOR. También tú tienes que desnudarte.

LA MAYOR. También yo me desnudo.

BAAL. Cuándo estéis listas, venid. Para entonces se habrá hecho oscuro.

LA MENOR. Hoy te toca a ti primero, hermana.

LA MAYOR. También la última vez fui yo la primera...

LA MENOR. No, fui yo.

BAAL. Os toca a las dos juntas.

LA MAYOR se levanta y rodea con los brazos a la menor: Estamos listas, hay tanta luz aquí.

BAAL. ¿Hace calor fuera?

LA MAYOR. Sólo es abril.

LA MENOR. Pero hoy el sol calienta afuera.

BAAL. ¿Os gustó la última vez?

Silencio.

LA MAYOR. Una se tiró al río: Johanna Reiher.

LA MENOR. Al Laach. Yo no me tiraría allí. Hay tanta corriente.

BAAL. ¿Al río? ¿Y se sabe por qué?

LA MAYOR. La gente habla. Los rumores se extienden.

LA MENOR. Salió una tarde, y no volvió en toda la noche.

BAAL. ¿No volvió a la mañana?

LA MENOR. No, y luego se tiró al río. Sin embargo, no la han

encontrado aún.

BAAL. Estará aún flotando...

LA MENOR. ¿Qué te pasa, hermana?

LA MAYOR. Nada. Quizá me haya enfriado.

BAAL. Hoy estoy tan perezoso, que os podéis volver a casa.

LA MAYOR. No puede hacer eso, señor Baal. iNo puede hacérselo a ella!

Llaman a la puerta.

LA MENOR. Han llamado. Será mamá.

LA MAYOR. iPor amor del cielo, no abra!

LA MENOR. Tengo miedo, hermana.

LA MAYOR. iToma tu blusa!

Llaman más fuerte.

BAAL. Si es vuestra madre, tendréis que pagar los vidrios rotos. LA MAYOR, vistiéndose muy deprisa: No abra aún. Corra el

pestillo, ipor amor del cielo!

LA DUEÑA DE LA CASA, gorda, entrando: iVaya, qué veo, me lo estaba imaginando! iAhora dos a la vez! ¿No os da vergüenza? ¿Las dos en el mismo charco? iDe la mañana a la noche y de la noche a la mañana, esa cama no se enfría! iPero ahora me toca a mí: mi buhardilla no es ningún burdel!

BAAL se vuelve hacia la pared.

LA DUEÑA DE LA CASA. ¿Tiene sueño, eh? Claro, ¿es que nunca se harta de carne? La luz del sol lo traspasa ya. Está completamente espiritualizado. No le queda más que piel y huesos.

BAAL, con un movimiento del brazo: iVienen a mí agitando las alas como cisnes!

LA DUEÑA DE LA CASA *juntando las manos*: iBonitos cisnes! iQué forma de hablar! iPodría usted ser poeta! iSi no se le pudren antes las rodillas!

BAAL. Nado entre cuerpos blancos.

LA DUEÑA DE LA CASA. iCuerpos blancos! iEs usted poeta! iPero es algo más que eso! iY estas jovencitas! ¿Seguro que sois hermanas, no? Seguro que sois huerfanitas, porque enseguida os ponéis a lloriquear. ¿Queréis que os dé unos azotes? ¿En esos cuerpos blancos?

BAAL se ríe.

LA DUEÑA DE LA CASA. ¿Y todavía se ríe? iCorrompe a montones de pobres chicas, arrastrándolas a su cueva! iQué asco, es usted una bestia! Pero lo voy a echar. iY vosotras, menead las piernas y a casita con mamá, que enseguida voy yo!

LA MENOR llora más fuerte.

LA MAYOR. No es culpa de ella, señora.

LA DUEÑA DE LA CASA cogiéndolas a las dos de la mano: Ahora llueve, ¿eh? ¡Qué gente! ¡Bueno, tampoco sois las únicas! ¡Ese se harta de cisnes! ¡Ha hecho felices a muchas otras, tirando luego los pellejos a la basura! ¡Pero ahora, a respirar aire puro! ¡De nada sirve derramar agua salada! Las coge a las dos de los hombros. ¡Yo sé cómo es ese! Conozco su estilo. Pero basta de mocos, ¡se os nota en los ojos! Marchaos tranquilamente a casita con mamá, cogiditas de la mano, y no volváis a hacerlo otra vez. Las empuja hacia la puerta. Y usted: ¡a usted voy a echarlo! ¡Ya puede ir instalando su pocilga para cisnes en otra parte! Las empuja a las dos hacia afuera y sale.

BAAL se levanta, se despereza: iCanalla con corazón!... De toda formas hoy me siento condenadamente perezoso. Arroja papel sobre la mesa y se sienta delante. Voy a hacer un nuevo Adán. Dibuja grandes iniciales en el papel. Lo intentaré con el hombre interior. Estoy totalmente vaciado, pero tengo un hambre de lobo. No me queda más que piel y huesos. iCanalla! Se recuesta, se estira a placer, enfáticamente: Ahora voy a hacer el verano. Rojo. Escarlata. Voraz. Vuelve a guardar silencio.

Atardecer. Baal sentado a la mesa.

BAAL abraza la botella de aguardiente. Con pausas: Ya llevo cuatro días emborronando el papel de verano rojo: salvaje, pálido, voraz y luchando con la botella de aquardiente. Hay derrotas, pero los cuerpos comienzan a huir en los muros hacia la oscuridad, hacia las tinieblas egipcias. Los arrincono contra las paredes de madera, pero no debo beber más aguardiente. Parloteando: El aquardiente blanco es mi apoyo y mi sostén. Desde que la nieve gotea del canalón, refleja el papel, que permanece inalterado. Pero ahora me tiemblan las manos. Como si tuviera aún en ellas los cuerpos. *Escucha*. El corazón me da coces. Se exalta: iOh Johanna, una noche más en tu acuario y me hubiera podrido entre los peces! Pero ahora llevo el olor de las suaves noches de mayo. Soy un amante sin amada. Sucumbo. *Bebe, se levanta.* Tengo que mudarme de casa. Pero antes me buscaré una mujer. Desnudarse solo es triste. Mira por la ventana. ¡Cualquiera! ¡Con rostro de mujer! Sale canturreando. Abajo, un armonio toca el Tristán.

JOHANNES entra por la puerta, pálido y demacrado. Revuelve los papeles de la mesa. Levanta la botella. Se dirige tímidamente hacia la puerta y espera allí.

Ruidos en la escalera. Silbidos.

BAAL entra, empujando a Sophie. Silba: iSé buena, querida! Esta es mi habitación. Se sienta. Ve a Johannes. ¿Qué haces tú aquí?

JOHANNES. Sólo quería...

BAAL. ¿Ah sí? ¿Sólo querías? ¿Andabas por aquí? ¿Una lápida sepulcral de mi difunta Johanna? El cadáver de Johannes, llegado del otro mundo, ¿no? ¡Fuera! ¡Márchate inmediatamente! Lo persigue por la habitación. ¡Qué falta de vergüenza! ¡Te voy a poner contra la pared, al fin y al cabo es primavera! ¡Venga!

JOHANNES lo mira y sale.

BAAL silba.

SOPHIE. ¿Qué le ha hecho ese muchacho? ¡Deje que me vaya!

BAAL abre la puerta de par en par: iAl llegar al primer piso, tuerza a la derecha!

SOPHIE. Nos siguieron cuando me cogió ante la puerta. Me encontrarán.

BAAL. Aquí no te encontrará nadie.

SOPHIE. Yo no lo conozco a usted de nada. ¿Qué va a hacer conmigo?

BAAL. Si me lo preguntas, ya te puedes ir.

SOPHIE. Me asaltó en plena calle. Creí que era un orangután.

BAAL. Al fin y al cabo es primavera. iHacía falta algo blanco en esta maldita covacha! iUna nube! Abre la puerta y escucha. Los muy idiotas han perdido la pista.

SOPHIE. Me echarán si vuelvo demasiado tarde.

BAAL. Y sobre todo, si vuelves así.

SOPHIE. ¿Cómo?

BAAL. Con el aspecto que se tiene después de haber sido amada por mí.

SOPHIE. No sé por qué sigo aquí.

BAAL. Yo te lo puedo decir.

SOPHIE. iPor favor, no piense mal de mí!

BAAL. ¿Por qué no? Eres una hembra como las demás. Las cabezas son distintas. Las rodillas son todas débiles.

SOPHIE quiere y no quiere irse, se vuelve al llegar a la puerta; a Baal, que sentado en una silla a horcajadas la mira: ¡Adiós!

BAAL, *indiferente*: ¿Le falta aire?

SOPHIE. No sé, me siento tan débil. Se apoya contra la pared.

BAAL. Yo sí sé. Es el mes de abril. Está oscureciendo y notas mi olor. Lo mismo les pasa a los animales. Se levanta. iY ahora eres del viento, nube blanca! Se precipita hacia adelante, cierra de golpe la puerta y coge a Sophie Barger a sus brazos.

SOPHIE, sin alientos: iDéjame!

BAAL. Me llamo Baal.

SOPHIE. iDéjame!

BAAL. Tienes que consolarme. Estaba débil por el invierno. Y tú pareces una mujer.

SOPHIE, levantando los ojos hacia él: ¿Te llamas Baal...?

BAAL. ¿Sigues queriendo irte a casa?

SOPHIE, *mirándolo*: Eres tan feo, tan feo, que das miedo... Pero luego...

BAAL. ¿Sí?

SOPHIE. Luego no importa.

BAAL la besa: ¿Tienes las rodillas fuertes, eh?

SOPHIE. ¿Sabes al menos cómo me llamo? Me llamo Sophie Barger.

BAAL. Olvídalo. La besa.

SOPHIE. No... no... Sabes que hasta ahora nadie...

BAAL. ¿Eres inmaculada? iVen! La lleva hacia el fondo, la cama. Se sienta. iMira! En esta habitación de madera ha habido cascadas de cuerpos: pero ahora quiero un rostro. Por la noche saldremos. Nos acostaremos entre las plantas. Eres una mujer. Yo me he vuelto impuro. iTienes que quererme un momento!

SOPHIE. ¿Eres así?... Me gustas.

BAAL apoya la cabeza en el pecho de ella: Ahora el cielo está sobre nosotros y no estamos solos.

SOPHIE. Pero tienes que estarte quieto.

BAAL. iComo un niño!

SOPHIE se incorpora: En casa está mi madre: tengo que volver a casa.

BAAL. ¿Es vieja?

SOPHIE. Setenta años.

BAAL. Entonces está acostumbrada al mal.

SOPHIE. ¿Y si se me tragase la tierra? ¿Si fuera arrastrada a una cueva al atardecer y no volviera a salir?

BAAL. ¿Nunca? Silencio. ¿Tienes hermanos?

SOPHIE. Sí. Me necesitan.

BAAL. El aire de esta habitación es como leche. *Se levanta, va a la ventana*. Los sauces del río chorrean, desgreñados por la lluvia. *La abraza*. Debes de tener unos muslos tan pálidos.

CASAS BLANQUEADAS, DE TRONCOS DE ÁRBOL PARDOS

Campanadas lúgubres. Baal. El vagabundo, hombre pálido y borracho.

BAAL describe semicírculos a grandes pasos alrededor del vagabundo, que está sentado en una piedra, con el pálido rostro levantado: ¿Quién ha clavado esos cadáveres de árboles en las paredes?

VAGABUNDO. El aire pálido y ebúrneo en torno a los cadáveres de los árboles: es Corpus.

BAAL. iY por añadidura campanas, cuando las plantas revientan!

VAGABUNDO. A mí las campanas me levantan la moral.

BAAL. ¿No te deprimen los árboles?

VAGABUNDO. iBah!, cadáveres de árboles? Bebe aguardiente de una botella.

BAAL. iNo son mejores los cuerpos de mujer!

VAGABUNDO. ¿Qué tienen que ver los cuerpos de mujer con las procesiones?

BAAL. iSon una porquería! Tú no amas a nadie.

VAGABUNDO. El blanco cuerpo de Jesús: ilo amo! Le tiende la botella.

BAAL, *más suavemente*: Tengo canciones en este papel. Pero ahora colgarán en el retrete.

VAGABUNDO *transfigurado*: iiServir!! A Jesús Nuestro Señor: veo el blanco cuerpo de Jesús. Veo el blanco cuerpo de Jesús. Jesús amaba el mal.

BAAL bebe: Como yo.

VAGABUNDO. ¿Conoces la historia de Jesús y el perro muerto? Todos decían: ¡Es una carroña pestilente! ¡Llamad a la policía! ¡Es intolerable! Pero él dijo: tiene unos dientes blancos preciosos.

BAAL. Tal vez me haga católico.

VAGABUNDO. Él no se hizo. Le quita la botella.

BAAL *vuelve a dar vueltas indignado*: Pero los cuerpos de mujer que él clavó en las paredes, eso yo no lo haría.

VAGABUNDO. iClavados a las paredes! iNo bajaban flotando por los ríos! Los sacrificaron por él, por el blanco cuerpo de Jesús.

BAAL *le quita la botella, se aparta*: Tiene usted en el cuerpo demasiada religión o demasiado aguardiente. *Sale con la botella*.

VAGABUNDO, destempladamente, le grita: iAsí que no quiere luchar por sus ideales, señor! ¿No quiere lanzarse a la procesión? ¿Ama las plantas y no quiere hacer nada por ellas?

BAAL. Bajaré al río y me lavaré. Nunca me ocupo de cadáveres. Sale.

VAGABUNDO. Yo, en cambio, tengo aguardiente en el cuerpo y no aguanto esto. No aguanto esas malditas plantas muertas. Si tuviera mucho aguardiente en el cuerpo, quizá podría aguantarlo.

NOCHE DE MAYO BAJO LOS ÁRBOLES

Baal. Sophie.

BAAL, perezoso: Ha dejado de llover. La hierba debe de estar todavía húmeda... Nuestras hojas no las ha atravesado el agua... El follaje nuevo chorrea, pero aquí, en las raíces, se está en seco. Furioso: ¿Por qué no se podrá dormir con las plantas?

SOPHIE. iEscucha!

BAAL. ¡El salvaje silbar del viento en el follaje húmedo y negro! ¿Oyes cómo gotea la lluvia a través de las hojas?

SOPHIE. He sentido una gota en el cuello... ¡Tú, déjame!

BAAL. El amor nos arranca la ropa del cuerpo como un torbellino y nos entierra desnudos con cadáveres de hojas, después de haber visto el cielo.

SOPHIE. Quisiera arrebujarme dentro de tí, porque estoy desnuda, Baal.

BAAL. Estoy borracho y tú vacilas. El cielo está negro y nosotros nos columpiamos, con amor en el cuerpo, y el cielo está negro. Te amo.

SOPHIE. iOh Baal! Mi madre llora ahora sobre mi cadáver, creerá que me he ahogado. ¿Cuántas semanas han pasado? No era mazo aún. Quizás hayan pasado ya tres semanas.

BAAL. Han pasado ya tres semanas, dijo la amada en las raíces del árbol, cuando habían pasado treinta años. Y ya estaba medio podrida.

SOPHIE. Es bueno estar así echada como un botín, y tener el cielo arriba y no estar nunca más sola.

BAAL. Te voy a quitar la blusa otra vez.

CAFÉ NOCTURNO «LA NUBE EN LA NOCHE>»

Un cafetín inmundo, un camerino encalado, en el fondo, a la izguierda, una cortina de color pardo oscuro, a la derecha, a un costado, una puerta de tablas blanqueadas que conduce al retrete; a la derecha, al fondo, una puerta. Cuando está abierta, se ve la noche azul. En el café, al fondo, canta la Soubrette.

BAAL con el torso desnudo, va de un lado a otro, bebiendo y canturreando.

LUPU, un muchacho gordo y pálido de pelo negro v brillante, con dos mechones aplastados contra el rostro sudorosoy blanco, y de nuca prominente, en la puerta de la dérecha: Otra vez ha vuelto a derribar la farola.

BAAL. Aquí no vienen más que cerdos. ¿Dónde está mi ración de aguardiente?

LUPU. Se la ha bebido ya toda.

BAAL. iCuidado!

LUPU. El señor Munk dijo no sé qué de una esponja.

BAAL. Entonces, ¿no me dan aguardiente?

LUPU. Dice el señor Mjurk que antes de la función no hay más aguardiente para usted. Lo siento.

MJURK, desde la cortina: iLárgate, Lupu!

BAAL. Tengo que tener mi ración, Mjurk, o no habrá poesía. MJURK. No debería beber tanto; si no, una noche no podrá ya cantar.

BAAL. ¿Entonces, para qué cantar?

MJURK. Usted, con la soubrette Savettka, es el número más brillante de «La nube en la noche». Yo mismo lo descubrí. ¿Cuándo se ha visto un alma tan delicada dentro de semejante bola de grasa? La clave del éxito es la bola de grasa, no la poesía. Su manera de beber aguardiente me arruina.

BAAL. Estoy harto de pelearme todas las noches por el aguardiente de mi contrato. Me voy.

MJURK. Tengo a la policía de mi parte. Debería usted dormir alguna noche, hombre, anda por ahí como si lo hubieran desjarretado. iDeshágase de su amante! *Aplausos en el café.* Ahora viene su número.

BAAL. Estoy hasta la coronilla.

LA SOUBRETTE, con el pianista, hombre pálido y apático, sale de detrás de la cortina: iSe acabó por hoy!

MJURK, obligando a Baal a ponerse un frac: Aquí no se puede salir a escena medio desnudo.

BAAL. iIdiota! Se quita el frac y sale por la cortina, arrastrando la guitarra.

LA SOUBRETTE se sienta y bebe: Sólo trabaja por una amante, con la que vive. Es un genio. Lupu lo imita desvergonzadamente. Ha adoptado el mismo tono y la misma amante.

EL PIANISTA, apoyado en la puerta del retrete: Sus canciones son divinas, pero desde hace once noches se pelea con Lupu por su ración de aguardiente.

LA SOUBRETTE bebe: Qué miseria la nuestra.

BAAL, detrás de la cortina: Jesusito de mi vida, eres niño como yo, por eso yo os quiero tanto y os regalo mi canción. Aplausos, Baal sigue, acompañándose con la guitarra:

Soplaba brisa en el cuarto.

De ciruelas estaba harto.

Y el niño con abandono

se ponía el cuerpo a tono.

Aplausos en el café y gritos de burla. Baal sigue cantando y el alboroto va en aumento, porque la canción se vuelve cada vez más desvergonzada. Finalmente se produce un enorme tumulto en el café.

EL PIANISTA, *apático*: iDiablos, se ha pasado! iUna ambulancia! Ahora les habla Mjurk, pero lo van a descuartizar. Se lo ha contado demasiado crudo.

BAAL sale de detrás de la cortina, arrastrando la guitarra.

MJURK, tras él: Animal, le voy a ajustar las cuentas. iVa a cantar su número! iTal como está en el contrato! iSi no, llamaré a la policía! Vuelve a la sala.

EL PIANISTA. Nos va a arruinar, Baal.

BAAL se lleva la mano al cuello y va hacia la derecha, hacia la puerta del retrete.

EL PIANISTA, sin apartarse: ¿Adónde va?

BAAL lo aparta de un empujón. Sale por la puerta con su guitarra.

LA SOUBRETTE. ¿Se lleva la guitarra al retrete? iDivino!

PARROQUIANOS, asomando la cabeza: ¿Dónde está ese puerco? —¡Qué siga cantando! —¡Nada de pausa! —¡Maldito cerdo! Vuelven a la sala.

MJURK entra: He hablado como un mayor del Ejército de Salvación. La policía está con nosotros. Pero los muchachos vuelven a patalear reclamándolo. ¿Dónde está ese tipo? Tiene que salir.

EL PIANISTA. El gran artista está en el retrete.

Gritos desde atrás: iBaal!

MJURK, aporreando la puerta: iSeñor! iConteste! Maldita sea, le prohíbo que se encierre. En horas que yo le estoy pagando. iLo tengo por escrito! iEstafador! Sigue aporreando excitadamente.

LUPU, en la puerta de la derecha; se ve la noche azul: La

ventana del retrete está abierta. El buitre ha volado. Sí no hay aguardiente, no hay poesía.

MJURK. ¿Está vacío? ¿Ha volado? ¿Se ha ido por el retrete? iTramposo! Iré a la policía. Se precipita afuera. Gritos acompasados desde atrás: iBaal! iBaal! iBaal!

CAMPOS VERDES, CIRUELOS AZULES

Baal. Ekart.

BAAL, lentamente, a través de los campos: Desde que el Cielo está más verde y preñado, aire de julio, viento, isin camisa en los pantalones! Volviéndose a Ekart: Me afilan los muslos desnudos. Tengo el cráneo hinchado por el viento, y en el pelo de las axilas el olor de los campos. El aire tiembla como si estuviera borracho de aguardiente.

EKART, detrás de él: ¿Por qué huyes de los ciruelos como un elefante?

BAAL. iPonme la aleta en el cráneo! Se me hincha a cada pulsación y se desinfla luego como una vejiga. ¿No lo sientes al tacto?

EKART. No.

BAAL. No entiendo nada de mi alma.

EKART. ¿No tendríamos que tumbarnos en el agua?

BAAL. Mi alma, hermano, es el gemido de los trigales que se mecen al viento y el centelleo de los ojos de dos insectos que quieren devorarse.

EKART. Un muchacho de tripas inmortales, enloquecido por el mes de julio, eso es lo que tú eres. iUna bola que un día dejará en el cielo unas manchas de grasa!

BAAL. Es de papel. Pero no importa.

EKART. Mi cuerpo es ligero como una ciruelita al viento.

BAAL. Eso se debe al pálido cielo de verano, hermano. ¿Nos abandonamos al agua tibia de algún charco azul? Si no, las blancas carreteras nos arrastrarán al cielo como si fueran cuerdas de ángeles.

TABERNA DE ALDEA

Atardecer. Campesinos en torno a Baal. Ekart en un rincón.

BAAL. iMe alegro de teneros a todos reunidos! Mi hermano llegará mañana por la noche. Para entonces tienen que estar aquí los toros.

UN CAMPESINO, boquiabierto: ¿Y cómo se puede saber si un toro es como lo quiere vuestro hermano?

BAAL. Eso sólo lo sabe mi hermano. Tienen que ser sólo animales hermosos. Si no, será inútil. ¡Un aguardiente, patrón! SEGUNDO CAMPESINO. ¿Y lo comprará enseguida?

BAAL. Al que tenga el lomo más robusto.

TERCER CAMPESINO. Traerán toros de once aldeas, por el precio que ofreces.

PRIMER CAMPESINO. iMira mi toro!

BAAL. iPatrón, un aguardiente!

LOS CAMPESINOS. iMi toro es el mejor! ¿Mañana por la noche, dice? —Se disponen a irse. — ¿Pasarán aquí la noche?

BAAL. Sí. iEn una sola cama!

Salen los campesinos.

EKART. ¿Pero qué te propones? ¿Te has vuelto loco?

BAAL. ¿No ha sido estupendo ver cómo parpadeaban y se les abría la boca, y luego empezaban a entender y a echar cuentas?

EKART. Por lo menos nos hemos metido en el cuerpo unos vasos de aguardiente. iPero ahora hay que poner pies en polvorosa!

BAAL. ¿Pies en polvorosa ahora? ¿Estás loco?

EKART. ¿Entonces el chalado eres tú? ¡Piensa en los toros!

BAAL. Claro, ¿para qué engañar si no a los muchachos?

EKART. ¿¡Pues por unos aguardientes!?

BAAL. ¡Tú deliras! Quiero darte una fiesta, Ekart. Abre la

ventana que tiene detrás. Oscurece. Vuelve a sentarse.

EKART. Estás borracho por los seis aguardientes. iQué vergüenza!

BAAL. Será maravilloso. Me gustan esas gentes sencillas. iTe ofreceré un espectáculo divino, hermano! iSalud!

EKART. Te gusta tomarles el pelo a los ingenuos. Esos pobres muchachos me romperán el cráneo, iy a ti también!

BAAL. Les servirá de lección. En este atardecer cálido, pienso en ellos con cierta ternura. Vienen para engañarnos, a su manera sencilla, y eso me gusta.

EKART se pone en pie: Bueno, o los toros o yo. Me voy antes de que el patrón sospeche algo.

BAAL, sombrío: El atardecer es tan cálido. Quédate una hora más. Luego me iré contigo. Ya sabes que te quiero. Desde aquí se huele el estiércol de los campos. ¿Crees que el patrón servirá otro aguardiente a los organizadores de lo de los toros? EKART. Oigo pasos.

PÁRROCO *entra. A Baal*: Buenas tardes. ¿Es usted el de los toros?

BAAL. El mismo.

PÁRROCO. ¿Por qué ha organizado todo este timo?

BAAL. No tenemos otra cosa en el mundo. ¡Qué fuerte es el olor del heno! ¿Es siempre así al atardecer?

PÁRROCO. iSu mundo me parece muy pobre, amigo!

BAAL. Mi cielo está lleno de árboles y de cuerpos.

PÁRROCO. No hable de lo que no sabe. El mundo no es su circo.

BAAL. ¿Pues qué es el mundo?

PÁRROCO. iVáyase! Sabe: soy un hombre de buen carácter. No le guardaré rencor por nada. Ya he arreglado las cosas.

BAAL. iEste hombre justo no tiene sentido del humor, Ekart!

PÁRROCO. ¿No comprende lo pueril que era su plan? A Ekart: ¿Pero qué quiere este hombre?

BAAL, recostándose: En el crepúsculo, al atardecer... Naturalmente tiene que ser al atardecer y naturalmente el cielo tiene que estar cubierto, y cuando el aire está tibio y sopla un poco de viento, llegan los toros. Acuden trotando de todas partes, es un espectáculo grandioso. Y esas pobres gentes ahí

en medio, sin saber qué hacer con los toros, engañadas: sólo han presenciado un espectáculo grandioso. Me gusta también la gente engañada. ¿Y dónde pueden verse tantos toros juntos?

PÁRROCO. ¿Y para eso quería movilizar siete aldeas?

BAAL. iQué son siete aldeas al lado de un espectáculo así!

PÁRROCO. Ahora entiendo. Es usted un pobre hombre. ¿Y sin duda le gustan mucho los toros?

BAAL. iVámonos, Ekart! Lo ha estropeado todo. Cristo no ama ya a los animales.

PÁRROCO se ríe, luego serio: Pues no podrá darse ese gusto. iVáyase y no vuelva a llamar la atención! iCreo que le hago un buen servicio, amigo!

BAAL. iVámonos, Ekart! iNo tendrán tu fiesta, hermano! Sale lentamente con Ekart.

PÁRROCO. iBuenas noches! iPatrón, yo pago la cuenta de los señores!

PATRÓN, desde detrás del mostrador: Once aguardientes, reverendo.

ÁRBOLES AL ATARDECER

Seis o siete leñadores sentados, apoyados en los árboles. Entre ellos, Baal. Un cadáver en la hierba.

UN LEÑADOR. Era un roble. No murió enseguida, sino que estuvo sufriendo.

SEGUNDO LEÑADOR. Esta mañana mismo decía que le parecía que el tiempo mejoraba. Así era como le gustaba a él: verde con un poco de lluvia. Y la madera no demasiado seca.

UN TERCERO. Era un buen muchacho, ese Teddy. Antes tuvo en algún lado una tiendecita. Fue su época de esplendor. Entonces aún estaba gordo como un cura. Pero arruinó su negocio por un asunto de faldas y se vino aquí, y con los años perdió la panza.

OTRO. ¿Nunca hablaba de ese asunto de faldas?

EL TERCERO. No. Ni tampoco sé si tenía la intención de volver a bajar. Ahorraba bastante, pero podía ser también por frugalidad. Aquí arriba sólo nos contamos mentiras. Es mucho mejor así.

UNO. Hace una semana dijo que, en invierno, se iría al norte. Al parecer, tenía en algún lugar una cabaña. ¿No te dijo dónde, Elefante? *A Baal*: ¿No hablasteis de ello?

BAAL. Déjame en paz. No sé nada.

EL ANTERIOR. ¿Seguro que querrás instalarte en ella, no?

EL SEGUNDO. De ese no se puede uno fiar. Acordaos de cuando colgó nuestras botas en el agua toda la noche, para que no pudiéramos ir al bosque, sólo porque, como de costumbre, tenía pereza.

OTRO. No se gana el dinero que cobra.

BAAL. iNo os peleéis hoy! ¿No podéis pensar un poco en el pobre Teddy?

UNO. ¿Y tú dónde estabas cuando por fin estiró la pata?

Baal se levanta y se acerca a Teddy a través del césped. Se sienta a su lado.

EL ANTERIOR. iBaal no puede andar derecho, muchachos!

OTRO. iDéjalo! El Elefante está conmovido.

EL TERCERO. Realmente, podríais calmaros un poco, mientras él esté todavía ahí.

OTRO. ¿Qué estás haciendo con Teddy, Elefante?

BAAL, *inclinado sobre él*: Él tiene su sosiego, y nosotros nuestro desasosiego. Y las dos cosas son buenas. El cielo está negro. Los árboles tiemblan. En alguna parte se hinchan las nubes. Ese es el decorado. Podemos comer. Después de dormir, despertaremos. Él no. Nosotros. Y será doblemente bueno.

OTRO. ¿Cómo dices que está el cielo?

BAAL. EL cielo está negro.

OTRO. Tú no estás bien de la cabeza. Siempre les toca a los que menos se lo merecen.

BAAL. Sí, es maravilloso, amigo mío, en eso tienes razón.

UNO. A Baal no puede tocarle. Nunca está donde se trabaja.

BAAL. Teddy, en cambio, era trabajador, Teddy era generoso, Teddy era sociable. De todo eso sólo queda una cosa: Teddy era.

EL SEGUNDO. ¿Dónde estará ahora?

BAAL, señalando al muerto: Ahí.

EL TERCERO. Yo pienso siempre que las pobres almas son el viento, especialmente al atardecer, en primavera, pero también en el otoño lo pienso.

BAAL. Y en el verano, al sol, sobre los trigales.

EL TERCERO. Eso no. Tiene que estar oscuro.

BAAL. Tiene que estar oscuro, Teddy.

Silencio.

UNO. ¿Adónde vamos a llevarlo, muchachos?

EL TERCERO. No tiene a nadie que lo quiera.

OTRO. Estaba solo en el mundo.

UNO. ¿Y sus cosas?

EL TERCERO. No hay mucho. El dinero lo llevaba a alguna parte, al banco. Allí se quedará, aunque él falte. ¿Sabes tú algo, Baal?

BAAL. Todavía no apesta.

UNO. Tengo una idea muy buena, muchachos.

OTRO. iVenga!

EL HOMBRE DE LA IDEA. Muchachos, no sólo al Elefante se le ocurren ideas. ¿Qué os parece si nos bebemos una ronda a la salud de Teddy?

BAAL. Eso es una inmoralidad, Bergmeier.

LOS OTROS. Tonterías, inmoralidad. —Pero qué vamos a beber? ¿Agua? —¡Avergüénzate, chico!

EL HOMBRE DE LA IDEA. iAguardiente!

BAAL. Apoyo la propuesta. El aguardiente es moral. ¿Pero qué aguardiente?

EL HOMBRE DE LA IDEA. El de Teddy.

LOS OTROS. ¿El de Teddy? —Eso no está mal. —iSu ración! —Teddy era ahorrativo. —iPara ser idiota, has tenido una buena idea, chico!

EL HOMBRE DE LA IDEA. ¡Una idea genial, eh! ¡Demasiado para vuestras cabezotas! ¡El aguardiente de Teddy para los funerales

de Teddy! iAlgo barato y digno! ¿Le ha dicho ya alguien unas palabras a Teddy? ¿No habría que hacerlo?

BAAL. Yo.

ALGUNOS. ¿Cuándo?

BAAL. Antes. Antes de que empezarais a decir bobadas. Comenzaban por: Teddy tiene su sosiego... Sólo os dais cuenta de las cosas cuando ya han pasado.

LOS OTROS. iImbécil! —iVamos a buscar el aguardiente!

BAAL. Es una vergüenza.

LOS OTROS. iVaya! —¿Y por qué, gran Elefante?

BAAL. Es propiedad de Teddy. No podemos romper su barrilito. Teddy tiene mujer y cinco pobres huérfanos.

UNO. Cuatro. Sólo son cuatro.

OTRO. Y ahora lo dicen.

BAAL. ¿Vais a quitarles de la boca a esos cinco pobres huérfanos de vuestro Teddy el aguardiente de su padre? ¿Qué clase de religión es ésa? :

EL ANTERIOR. Cuatro. Cuatro huérfanos.

BAAL. ¿Les vais a quitar el aguardiente de la boca a los cuatro huérfanos de Teddy?

UNO. Teddy no tenía familia.

BAAL. Huérfanos sí, amigos míos, huérfanos.

OTRO. Vosotros, a los que ese Elefante loco os toma el pelo, ¿creéis que los huérfanos de Teddy se van a beber el aguardiente de Teddy? Está bien, es propiedad de Teddy...

BAAL, interrumpiéndole: Era...

OTRO. ¿Qué quieres decir?

UNO. Habla por hablar. No tiene sentido común.

OTRO. Lo que yo digo es: era propiedad de Teddy, y por consiguiente se lo pagaremos. Con dinero, dinero contante, muchachos. Y entonces, que vengan los huérfanos.

TODOS. Esa es una buena propuesta. El Elefante ha sido derrotado. —Tiene que estar loco, para no querer el aguardiente. —iVamos a bebernos sin él el aguardiente de Teddy!

BAAL, *llamándolos a gritos*: iVolved al menos, malditos

salteadores de cadáveres! A Teddy: iPobre Teddy! Y los árboles son hoy bastante fuertes y el aire es bueno y suave, y yo me siento interiormente hinchado, pobre Teddy, ¿no te hace cosquillas? Estás completamente acabado, déjame que te lo diga, pronto apestarás, y el viento seguirá, todo seguirá, y tu cabaña sé dónde está, y tus cosas te las guitarán los vivos, y tú lo dejaste todo en la estacada y sólo querías tu sosiego. Tu cuerpo no estaba todavía tan mal, Teddy, todavía no lo está ahora, sólo un poco averiado por un lado, y luego las piernas... con las mujeres no hubieras tenido nada que hacer, no se puede poner algo así entre las piernas de una mujer. Le levanta una pierna al muerto. Pero en conjunto, en ese cuerpo se hubiera podido vivir aún con buena voluntad, muchacho, aunque tu alma era condenadamente noble, su morada estaba deteriorada y las ratas abandonan el barco que se hunde; has sido víctima exclusivamente de tus costumbres, Teddy.

LOS OTROS, volviendo: iEh, Elefante, vas a ver lo que es bueno! ¿Dónde está el barrilito de coñac que había bajo la cama de Teddy, chico? —¿Dónde estabas tú mientras nos ocupábamos del pobre Teddy? ¿Seňor? ¿Cuando Teddy no estaba siquiera del todo muerto seňor? —¿Dónde estabas, so puerco, profanador de cadáveres, protector de los pobres huérfanos de Teddy, eh?

BAAL. iNo tenéis pruebas, amigos míos!

LOS OTROS. Entonces, ¿dónde está el aguardiente? ¿Es que, según tu autorizada opinión, se lo ha bebido el barril? —Es un asunto condenadamente serio, chico. ¡En pie, tú, levántate! Da cuatro pasos y niega luego que estás conmovido, totalmente trastornado por dentro y por fuera, iviejo cerdo! —¿Arriba con él, hacedle cosquillas, muchachos, a ese profanador del pobre honor de Teddy! *Ponen a Baal de pie.*

BAAL. iHatajo de cerdos! iPor lo menos, no piséis al pobre Teddy! Se sienta y coge un brazo del cadáver bajo el suyo. Si me maltratáis, Teddy se caerá de boca. ¿Qué clase de respeto es este? Estoy actuando en legítima defensa. Vosotros sois siete, siete, y no habéis bebido, y yo soy uno solo y bebido. ¿Está bien eso, es digno siete contra uno? iCalmaos! También Teddy se ha calmado.

ALGUNOS, tristes e indignados: Este tipo no respeta nada. —iQue Dios se apiade de su alma de borracho! —Es el pecador más empedernido que hay en las manos de Dios.

BAAL. Sentaos, no me gusta toda esa beatería. Siempre habrá unos más listos y otros de cerebro más débil. Pero éstos, en cambio, son los que mejor trabajan. Ya habréis visto que soy un trabajador intelectual. *Fuma*. iNunca me habéis respetado debidamente, amigos míos! ¿Oué es lo que se agita en vosotros cuando os metéis entre pecho y espalda un buen aguardiente? iYo tengo intuiciones, os lo aseguro! A Teddy le he dicho muchas cosas sumamente importantes. *Le saca del bolsillo del pecho unos papeles, que examina*. Pero vosotros tuvisteis que iros corriendo tras ese miserable aguardiente. Sentaos: mirad el cielo entre los árboles, cómo va oscureciendo. ¿No os dice nada? ;Entonces es que no tenéis religión en el cuerpo!

UNA CABAÑA

Se oye llover. Baal. Ekart.

BAAL. Es el sueño invernal en el barro negro para nuestros blancos cuerpos.

EKART. iTodavía no has ido a buscar la carne!

BAAL. ¿Sigues ocupado con tu misa?

EKART. ¿Por qué tienes que pensar en mi misa? ¡Piensa en tu mujer! ¿Adónde la has mandado otra vez, con esta lluvia?

BAAL. Nos persigue desesperada y se me agarra al cuello.

EKART. Cada vez caes más bajo.

BAAL. Es que peso demasiado.

EKART. ¿No piensas en que un día morderás la hierba?

BAAL. Lucharé a muerte. Viviré hasta sin piel, me refugiaré hasta en los dedos de mis pies. Caeré como un toro: en la hierba, donde está más blando. Me tragaré mi muerte y no querré saber nada.

EKART. Desde que estamos aquí, engordas cada vez más.

BAAL se mete la mano derecha bajo la axila izquierda, por debajo de la camisa: Sin embargo, mi camisa se ha ensanchado, cuanto más sucia, más ancha. Cabría dentro otro más. Si no estaba demasiado gordo. Sin embargo, por qué haces tú el vago con esos huesos?

EKART. Tengo una especie de cielo en el cráneo, muy verde y condenadamente alto, y mis pensamientos se pierden debajo, como nubes ligeras al viento. Su rumbo es totalmente incierto. Pero todo eso está dentro de mí.

BAAL. Eso es el delirium tremens. Eres un alcohólico. Y ahora ya ves: el alcohol se venga.

EKART. Cuando se acerca el delirium, lo noto en la cara.

BAAL. Tienes una cara con sitio para mucho viento. Cóncava. *Lo mira.* No tienes cara. No eres nada. Eres transparente.

EKART. Cada vez me vuelvo más matemático.

BAAL. Nunca sé nada de tus historias. ¿Por qué no hablas nunca de ti?

EKART. A lo mejor es que no tengo historias. ¿Quién anda por ahí?

BAAL. Tienes buen oído. Llevas algo dentro y lo ocultas. Eres un hombre malo, igual que yo, un demonio. Pero algún día verás ratas. Y entonces volverás a ser un hombre bueno.

SOPHIE, en la puerta.

EKART. ¿Eres tú, Sophie?

BAAL. ¿Qué quieres ahora?

SOPHIE. ¿Puedo entrar, Baal?

LLANURA. CIELO

Atardecer. Baal. Ekart. Sophie.

SOPHIE. Se me doblan las rodillas. ¿Por qué corres como un desesperado?

BAAL. Porque te cuelgas de mi cuello como una rueda de molino.

EKART. ¿Cómo puedes tratarla así, a ella, que está embarazada de ti?

SOPHIE. Fui yo quien lo guiso, Ekart.

BAAL. Fue ella quien lo guiso. Y ahora se me cuelga del cuello.

EKART. Es una bestialidad. Siéntate, Sophie.

SOPHIE se sienta pesadamente: iDeja que se vaya!

EKART, a Baal: Si la echas, me iré con ella.

BAAL. Ella no se irá contigo. Pero tú me dejarías plantado. Por ella, eso es muy propio de ti.

EKART. Tú me has echado dos veces de tu cama. Mis amantes te dejaban indiferente, pero me las quitaste, aunque yo las quería.

BAAL. Porque las querías. Profané dos veces cadáveres para que te mantuvieras puro. Lo necesito. iPor Dios que no sentí ningún placer!

EKART, a Sophie: ¿Y sigues queriendo a esta bestia transparente?

SOPHIE. No puedo evitarlo, Ekart. Sigo queriendo a su cadáver. Sigo queriendo sus puños. No puedo evitarlo, Ekart.

BAAL. No quiero saber lo que hicisteis mientras yo estaba en la cárcel.

SOPHIE. Estábamos juntos ante tu cárcel blanca, mirando hacia lo alto, hacia donde tú estabas.

BAAL. Estabais juntos.

SOPHIE. Pégame por eso.

EKART grita: ¿No la arrojaste tú a mi cuello?

BAAL. Entonces todavía podían robarme tu amor.

EKART. iYo no tengo tu piel de elefante!

BAAL. Por eso te quiero.

EKART. Por lo menos, cierra ese maldito pico mientras ella esté aquí.

BAAL. iQue se vaya a paseo! Está empezando a encanallarse. Se pasa las manos por el cuello. Se lava la ropa sucia con tus lágrimas. ¿No te das cuenta de que se interpone desnuda entre nosotros? Soy paciente como un cordero, pero no puedo salir de mi propio pellejo.

EKART se sienta junto a Sophie: iVete a casa de tu madre! SOPHIE. No puedo.

BAAL. No puede, Ekart.

SOPHIE. Pégame si quieres, Baal. No volveré a decirte que vayas despacio. No tenía esa intención. Déjame ir contigo

mientras me aguanten las piernas, y luego me echaré entre los arbustos y no tendrás que volverte. No me eches, Baal.

BAAL. ¡Tírate al río, con esa tripa gorda! Tú quisiste que te vomitase.

SOPHIE. Quieres dejarme, no quieres dejarme. Aún no lo sabes, Baal. Eres como un niño, si piensas así.

BAAL. Ahora sí que estoy de ti hasta la coronilla.

SOPHIE. Pero no de noche, de noche no, Baal. Sola, tengo miedo. Tengo miedo de la oscuridad. De eso tengo miedo.

BAAL. ¿En tu estado? Nadie te hará nada.

SOPHIE. De noche. ¿No queréis pasar aún esta noche conmigo?

BAAL. Vete con los almadieros. Hoy es San Juan. Y estarán borrachos.

SOPHIE. iUn cuarto de hora!

BAAL. iVámonos, Ekart!

SOPHIE. ¿Adónde iré yo?

BAAL. iAl cielo, querida!

SOPHIE. ¿Con mi hijo?

BAAL. iEntiérralo!

SOPHIE. Deseo que nunca vuelvas a pensar lo que ahora me estás diciendo bajo este hermoso cielo que tanto te gusta. Lo deseo de rodillas.

EKART. Me quedo contigo. Y luego te llevaré con tu madre, sólo con que me digas que no quieres querer más a esta bestia.

BAAL. Ella me quiere a mí.

SOPHIE. Yo le quiero.

EKART. ¿Todavía estás ahí, bestia? ¿Es que no tienes rodillas? ¿Estás borracho de aguardiente o de poesía? ¡Bestia degenerada! ¡Bestia degenerada!

BAAL. iImbécil!

Ekart se abalanza sobre él, pelean.

SOPHIE. iJesús, José y María! iSon fieras!

EKART, *luchando*: ¿Oyes lo que dice en el bosque, ahora que está oscureciendo? ¡Bestia degenerada! ¡Bestia degenerada!

BAAL, a su lado, estrechando a Ekart contra él: Ahora estás contra mi pecho, ¿me hueles? ¡Ahora te tengo, hay más cosas que la proximidad de una hembra! Se detiene. Ya se ven estrellas sobre la maleza, Ekart.

EKART mira fijamente a Baal, que contempla el cielo: No puedo pegarle.

BAAL, rodeándolo con el brazo: Oscurece. Tenemos que encontrar refugio para la noche. En el bosque hay hondonadas donde no penetra el viento. Ven, te hablaré de los animales. Sale arrastrándolo.

SOPHIE, sola en la oscuridad, grita: iBaal!

SALA DE TABLAS PARDAS

Noche. Viento. En las mesas, Gougou y Bolleboll. El viejo mendigo y Maja, con la niña en su cajón.

BOLLEBOLL juega a las cartas con Gougou: Se me ha acabado el dinero. iVamos a jugarnos el alma!

EL MENDIGO. El hermano Viento quiere entrar. Pero no conocemos a nuestro hermano Viento frío. Jejejé.

LA NIÑA *llora*.

MAJA la pordiosera: iEscuchad! iAlguien ronda la casa! iCon tal de que no sea algún animal grande!

BOLLEBOLL. ¿Por qué? ¿Es que tienes ganas otra vez?

Golpean en la puerta.

MAJA. iEscuchad! iYo no abro!

EL MENDIGO. Vas a abrir.

MAJA. iNo, no! iVirgen santa, no!

EL MENDIGO. iBusque la Madonna! iAbre!

MAJA se arrastra hasta la puerta: ¿Quién anda ahí?

LA NIÑA *llora*.

MAJA abre la puerta.

BAAL, entra con Ekart, empapado: ¿Es ésta la cantina del hospital?

MAJA. Sí, pero no hay camas libres. Con más descaro: Y yo estoy enferma.

BAAL. Tenemos champaña. Ekart se ha acercado a la estufa.

BOLLEBOLL. iVenid aquí! Quien sabe qué es el champaña es amigo nuestro.

EL MENDIGO. iAquí no hay más que gente fina, mi querido cisne!

BAAL, acercándose a la mesa, se saca dos botellas de los bolsillos: ¿Eh?

EL MENDIGO. iEso es magia!

BOLLEBOLL. Sé de dónde has sacado ese champaña. Pero no lo diré.

BAAL. iVen, Ekart! ¿Hay vasos?

MAJA. iTazas, señor! iTazas! Trae tazas.

GOUGOU. Yo necesito una taza para mí solo.

BAAL, desconfiado: ¿Puede beber champaña?

GOUGOU. Por favor. Baal le sirve.

BAAL. ¿Qué tiene?

GOUGOU. Congestión pulmonar. No es nada. Una pequeña obstrucción. Nada importante.

BAAL, a Bolleball: ¿Y usted?

BOLLEBOLL. Úlcera de estómago. Benigna.

BAAL, al Mendigo: ¿Supongo que usted también tiene algo?

EL MENDIGO. Yo estoy loco.

BAAL. iSalud!... Ahora nos conocemos todos. Y o estoy sano.

EL MENDIGO. Conocí a un hombre que también creía que estaba sano. Lo creía. Vino de un bosque y un día volvió otra vez a él, porque tenía que meditar un poco. Encontró el bosque muy extraño y nada familiar. Anduvo muchos días, adentrándose en la espesura, porque quería ver hasta dónde estaba unido a él y cuántas fuerzas tenía para aguantar. Pero no tenía muchas.

Bebe.

BAAL, *inquieto*: iQué viento! Y tenemos que seguir viaje esta noche, Ekart.

EL MENDIGO. Sí, el viento. Un atardecer, a la hora del crepúsculo, cuando no estaba ya tan solo, atravesó el gran silencio entre los árboles y se situó bajo uno de ellos, muy grande.

Bebe.

BOLLEBOLL. Era el mono que había en él.

EL MENDIGO. Sí, tal vez fuera el mono. Se apoyó contra el árbol, muy apretado, sintió la vida que había en él, o lo creyó, y dijo: eres más alto que yo y te mantienes firme y conoces la tierra hasta muy hondo y ella te sostiene. Yo puedo andar y moverme mejor, pero no me mantengo firme ni puedo penetrar en lo hondo y nada me sostiene. Tampoco conozco la gran paz del cielo infinito sobre las copas silenciosas.

Bebe.

GOUGOU. ¿Y qué dijo el árbol?

EL MENDIGO. Sí. Sopló el viento. Un estremecimiento recorrió el árbol y el hombre lo notó. Entonces se echó al suelo, abrazó las raíces duras y salvajes y lloró amargamente. Pero hizo lo mismo con muchos árboles.

EKART. ¿Y se curó?

EL MENDIGO. No. Pero murió más aliviado.

MAJA. Eso no lo entiendo.

EL MENDIGO. Nada se entiende. Pero muchas cosas se sienten. Las historias que se entienden son sólo las mal contadas.

BOLLEBOLL. ¿Vosotros creéis en Dios?

BAAL, fatigosamente: Siempre he creído en mí. Pero uno puede volverse ateo.

BOLLEBOLL, *riéndose a carcajadas*: iAhora me estoy divirtiendo! iDios! iChampaña! iAmor! iViento y lluvia! *Intenta agarrar a Maja.*

MAJA. iDéjame! iTe apesta el aliento!

BOLLEBOLL. Y tú, ¿no tienes sífilis? La sienta en sus rodillas.

EL MENDIGO. iCuidado! *A Bolleboll*: Me estoy emborrachando poco a poco. Y no podrás salir con esta lluvia, si estoy totalmente borracho.

GOUGOU, a Ekart: Era más guapito, y por eso la consiguió.

EKART. ¿Y su superioridad intelectual? ¿Su supremacía moral?

GOUGOU. Ella no era así. Estaba sin estropear.

EKART. ¿Y qué hizo usted?

GOUGOU. Me dio vergüenza.

BOLLEBALL. ¡Eschuchad! ¡El viento! ¡Está pidiendo a Dios un poco de paz!

MAJA canta:

Nanitanana, que el viento sopla.

Todos borrachos, canto esta copla.

BAAL. ¿De quién es ese niño?

MAJA. Es mi hija, señor.

EL MENDIGO. iUna virgo dolorosa!

BAAL bebe: Eso era antes, Ekart. Sí. También era bonito.

EKART. ¿El qué?

BOLLEBOLL. Se le ha olvidado.

BAAL. Antes, iqué palabra más rara!

GOUGOU, a Ekart: La más bonita es Nada.

BOLLEBOLL. iChist! iAhora viene el aria de Gougou! iVa a cantar el Saco de gusanos!

GOUGOU. Es como el viento que tiembla en las noches de verano, sol. Pero nada tiembla. Nada. Absolutamente nada. Sencillamente, se acaba. El viento sopla, ya no se siente frío. La lluvia cae y no moja ya. Se dicen chistes y uno no se ríe. Se pudre uno, no hay nada que esperar. Huelga general.

EL MENDIGO. iEs el paraíso del infierno!

GOUGOU. Sí, es el paraíso. No queda por satisfacer ningún deseo. No se tienen ya deseos. Se pierde la costumbre de todo. También de tener deseos. Y así es uno libre.

MAJA. ¿Y qué ocurre al final?

GOUGOU, con una mueca: Nada. Absolutamente nada. No hay ningún final. La Nada dura eternamente.

BOLLEBOLL, Amén.

BAAL, que se ha levantado, a Ekart: ¡Ekart, levántate! Hemos caído entre asesinos. Se apoya en Ekart, rodeándole los hombros. Los bichos se esponjan. La podredumbre se acerca arrastrándose. Los gusanos cantan y se pavonean.

EKART. Es la segunda vez que te ocurre. ¿Será sólo la bebida?

BAAL. Aquí se exhiben mis intestinos... No es un baño de barro.

EKART. iSiéntate! iBebe hasta que no puedas más! iEntra en calor!

MAJA canta, un poco borracha:

Invierno o verano, con lluvia o nieve...

Si estamos borrachos, cualquier mal es leve.

BOLLEBOLL, ha agarrado a Maga, lucha: Esa aria me hace siempre tantas cosquillas, mi pequeño Gougou... Vayavaya, Majita.

LA NIÑA *llora.*

BAAL bebe: ¿Quién es usted? Irritado, a Gougou: Lo llaman Saco de gusanos. ¿Es usted un candidato a la muerte? ¡Salud! Se sienta.

EL MENDIGO. iCuidado, Bolleboll! El champaña no me sienta muy bien.

MAJA, vuelta hacia Bolleboll, canta:

Cierra los ojitos, los párpados pesan.

Si vas a la cama verás que te besan.

BAAL, brutalmente:

Si te hundes al fondo, ratas en el pelo: muy alto y hermoso sigue estando el cielo. Se levanta, con la taza en la mano. Negro está el cielo. ¿Por qué te asustas? Tamborilea en la mesa. Hay que seguir en el tiovivo. Es estupendo. Vacila. Quiero ser un elefante que se mea en el circo cuando no es bonito todo... Empieza a bailar, canta: ¡Baila con el viento, pobre cadáver, duerme con la nube, dios degenerado! Se acerca vacilante a la mesa.

EKART, borracho, se ha levantado: No me iré ya contigo. Yo también tengo un alma. Tú has corrompido mi alma. Lo corrompes todo. Y ahora empezaré también con mi misa.

BAAL. iTe quiero, salud!

EKART. iPero no me iré contigo! Se sienta.

EL MENDIGO, a Bolleboll: iQuita esas manos, cerdo!

MAJA. ¿Y a ti qué te importa?

EL MENDIGO. iCállate, desgraciada!

MAJA. iChalado, te falta un tornillo!

BOLLEBOLL, cáustico: iMentira! iNo tiene ninguna enfermedad! iEso es lo que pasa! iTodo es mentira!

EL MENDIGO. iY tú tienes cáncer!

BOLLEBOLL, siniestramente tranquilo: ¿Que tengo cáncer?

EL MENDIGO, cobarde: No he dicho nada. iDeja a la pobre chica en paz!

MAJA se ríe.

BAAL. ¿Por qué llora esa? Se dirige lentamente hacia el cajón que está al fondo.

EL MENDIGO, irritado: ¿Qué quieres de ella?

BAAL se inclina sobre el cajón: ¿Por qué lloras? ¿Nunca has visto nada así? ¿O es que lloras siempre?

EL MENDIGO. iDéjala, tú! Le tira la taza a Baal.

MAJA se levanta de un salto: iCerdo!

BOLLEBOLL. Sólo quiere levantarle la camisa.

BAAL se endereza lentamente: ¡Qué cerdos sois! ¡Ya no sabéis lo que es humano! ¡Ven, Ekart, vamos a lavarnos al río!

Sale con Ekart.

ESPESURA VERDE. DETRÁS, EL RÍO

Baal. Ekart.

BAAL, sentado en medio del follaje: El agua está tibia. Estamos echados en la arena como cangrejos. Y además los matorrales y las nubes blancas en el cielo. ¡Ekart!

EKART, escondido: ¿Qué quieres?

BAAL. Te quiero.

EKART. Estoy demasiado cómodo.

BAAL. ¿Has visto esas nubes?

EKART. Sí. No tienen vergüenza. Silencio. Antes pasó una mujer por ahí.

BAAL. Ya no me gustan las mujeres...

CARRETERA. SAUCES

Viento. Noche. Ekart duerme sobre la hierba.

BAAL, viniendo a través de los campos, como borracho, con la ropa abierta, como un sonámbulo: iEkart! iEkart! Ya lo tengo. iDespierta!

EKART. ¿Qué es lo que tienes? ¿Otra vez hablas en sueños? BAAL se sienta a su lado: Esto:

Cuando estaba ya ahogada y bajaba flotando por pequeños arroyos hacia el río copioso, era un ópalo el cielo que se iba agrandando para dar al cadáver su tranquilo reposo.

Hierbas y algas espesas se agarraban a ella aumentando su peso al flotar lentamente, y los peces helados rodeaban a aquella que viajaba sin prisa a favor de corriente. Y era el cielo a la tarde del color de humareda y a la noche oscilaron con su luz las estrellas pero al alba hizo claro; la mañana, muy queda, y la tarde tranquila prescindieron de ellas.

Cuando aquel cuerpo blanco se pudrió sin consuelo lenta, muy lentamente se olvidó Dios de él: fue primero su rostro, luego manos y pelo. Finalmente carroña por aquel río, aquél.

Viento.

EKART. ¿Y anda por ahí el fantasma? No es tan malo como tú. Sólo el sueño se ha ido al diablo y el viento brama otra vez en los troncos de los sauces. Así pues, sólo nos queda otra vez el blanco pecho de la Filosofía, oscuridad, humedad hasta nuestro descanso eterno e, incluso de las viejas comadres, sólo el sexto sentido.

BAAL. Con este viento no hace falta aguardiente para estar borracho. Veo el mundo bajo una luz suave: es el excremento de Dios Nuestro Señor.

EKART. De Dios Nuestro Señor que, al unir la uretra con el miembro viril, se calificó a sí mismo para siempre.

BAAL, echado: Todo es tan bonito.

Viento.

EKART. Los sauces son como pedazos de dientes podridos en la negra bocaza del cielo... Pronto comenzaré con mi misa.

BAAL. ¿Has terminado ya el cuarteto?

EKART. ¿De dónde iba a sacar el tiempo?

Viento.

BAAL. Ahí va una mujer pelirroja y pálida; con ésa podrás irte

por ahí.

EKART. Tiene el cuerpo blando y blanco, y al mediodía viene con él a los sauces. Los sauces tienen ramas que cuelgan como cabellos y entre ellas j...mos como ardillas.

BAAL. ¿Es más bonita que yo?

Oscuridad. El viento sigue bramando.

AVELLANOS JÓVENES

Largas ramas rojas que cuelgan. Entre ellas está sentado Baal. Mediodía.

BAAL. Simplemente la contentaré, a esa blanca paloma... Contempla el lugar: Desde aquí, las nubes son bonitas entre las ramas de los sauces... Cuando él llegue, sólo verá la piel. Estoy harto de esos amoríos suyos. iSilencío, corazón!

MUJER JOVEN sale de la espesura, pelirroja, opulenta, pálida.

BAAL sin volverse: ¿Eres tú?

LA MUJER JOVEN. ¿Dónde está su amigo?

BAAL. Está componiendo una misa en mi bemol menor.

LA MUJER JOVEN. iDígale que he estado aquí!

BAAL. Se está volviendo demasiado transparente. Se masturba. Está volviendo a la zoología. iSiéntese! *Mira a su alrededor.*

LA MUJER JOVEN. Prefiero estar de pie.

BAAL se levanta, agarrándose a las ramas de los sauces: En los últimos tiempos como demasiados huevos.

LA MUJER JOVEN. Yo le quiero.

BAAL. iA mí usted no me importa! La agarra.

LA MUJER JOVEN. iNo me toque! Me resulta demasiado sucio.

BAAL, cogiéndola lentamente por la garganta: ¿De quién es este cuello? ¿Sabe cómo se hace callar a las palomas o a los patos salvajes en el bosque?

LA MUJER JOVEN. iJesús, María y José! *Se suelta.* iDéjeme en paz!

BAAL. ¿Con esas rodillas tan débiles? Se caerá. Al fin y al cabo,

quiere que la acuesten entre los sauces. Un hombre es un hombre, en eso nos parecemos la mayoría. La coge en sus brazos.

LA MUJER JOVEN, temblando: iPor favor, déjeme! iPor favor! BAAL. iQué codorniz más desvergonzada! iVamos, basta! iSalvamento de una desesperada! La agarra de los dos brazos y la arrastra hacía los matorrales.

ARCE EN EL VIENTO

Cielo nublado. Baal y Ekart, sentados en las raíces.

BAAL. Hay que beber, Ekart, ¿te queda dinero?

EKART. No. iMira ese arce en el viento!

BAAL. Tiembla.

EKART. ¿Dónde está la chica que arrastraste por las tabernas?

BAAL. Hazte pez y búscala.

EKART. Te atiborras, Baal. Reventarás.

BAAL. Me gustaría oír el estallido.

EKART. ¿No te miras a veces también en el agua, cuando está negra y profunda y todavía sin peces? Nunca te caigas dentro. Tienes que tener cuidado. Eres tan pesado, Baal.

BAAL. Tendré cuidado de otro. He compuesto una canción. ¿Quieres oírla?

EKART. Léemela y te conoceré.

BAAL. Se llama: La muerte en el bosque.

Un hombre mona en el bosque eterno y viento y tormenta lo rodeaban. Morita cual perro, en pleno invierno, mirando las copas del bosque eterno, y viento y tormenta nunca cesaban.

Tena a su lado más de un amigo queriendo calmarlo, darle un abrigo:

iIremos a casa, ven, compañero! Pero él escupiendo, como un castigo, gritaba diciendo: iYo os maldigo! iYo no tengo casa! Y era sincero.

¿Te quedan aún dientes en esa boca? ¿Y cómo te encuentras, vamos a ver? Revienta tranquilo contra esa roca, tu yegua comimos todos ayer, tú vete al infierno, que ya te toca.

Y el bosque sonoro los envolvía y ellos miraban al moribundo cogido a las raíces mientras gemía. Aquello agotaba su sangre fría. Cerraban los puños por un segundo, pues era uno de ellos quien se moría.

iEres sólo un loco, sólo una bestia! iSarnoso, asqueroso, un puro andrajo! Nos quitas el aire, vaya molestia, decían los otros, y él, desde abajo: iYo quiero vivir! No me rebajo. Cabalgo en el viento, sin inmodestia.

Aquello era algo incomprensible, temblaban de asco pero callaban.

Y sólo la tierra era sensible, el viento en los mares, siempre impasible: mis fuerzas ahora pronto se acaban.

Su exceso de vida lo mantenía porque era un cadáver que aún vivía,

carroña estrujada contra la tierra; al alba, en la hierba, por fin moría. Con asco y con odio, en la hierba fría a aquella basura por fin se entierra.

Montados penetran en la espesura mirando aún el árbol bajo el que yace. Y a ha terminado, mal desenlace, pero ha de morirse todo el que nace. Hay luz en el árbol, luz en la tierra, ellos se santiguan, joven figura, cabalgan deprisa porque les place.

EKART. Vaya. Vaya. A esto hemos llegado.

BAAL. Cuando no puedo dormir por las noches, miro las estrellas. Eso es lo que hay.

EKART. ¿Ah sí?

BAAL, desconfiado: Pero no lo hago a menudo. Debilita.

EKART, después de un rato. En los últimos tiempos has escrito muchas poesías. ¿Hace mucho tiempo que no has estado con una hembra?

BAAL. ¿Por qué?

EKART. Pensaba. Niégalo.

BAAL se pone en pie, se despereza, mira la copa del arce, se ríe.

TABERNUCHA

Atardecer. Ekart. La camarera Watzmann. Johannes, desarrapado, con una chaqueta raída de cuello levantado, degenerado sin remisión. La camarera tiene los rasgos de Sophie.

EKART. Hace ya ocho años.

Bebe. Sopla el viento.

JOHANNES. Hasta los veinticinco no empieza la vida. A esa edad se ensanchan y tienen hijos.

Silencio.

WATZMANN. Su madre murió ayer. Él anda por ahí, pidiendo dinero prestado para el entierro. Luego vendrá aquí. Y con eso podremos pagar los aguardientes. El patrón es decente: nos fía con la garantía del cadáver de una madre. Bebe.

JOHANNES. iBaal! iYa no sopla el viento a su favor!

WATZMANN, a Ekart: ¿Tú tienes que aguantarle muchas cosas no?

EKART. No se le puede escupir a la cara: se está hundiendo.

WATZMANN, a Johannes: ¿A ti te da pena? ¿Te preocupa?

JOHANNES: Es una lástima, me parece a mí. Bebe.

Silencio.

WATZMANN. Cada día se vuelve más repugnante.

EKART. No digas eso. No quiero oírlo: yo le quiero, Nunca le tomo nada a mal. Porque le quiero. Es un niño.

WATZMANN. Sólo hace lo que no tiene más remedio. Es tan vago.

EKART, dirigiéndose a la puerta: Hace una noche muy suave. El viento es cálido. Como leche. Me gusta todo eso. Nunca habría que beber. O no tanto. Volviendo a la mesa. La noche es muy suave. Ahora, y durante tres semanas más en otoño, se puede vivir muy bien en los caminos. Se sienta.

WATZMANN. ¿Quieres irte esta noche? ¿Quieres deshacerte de él? ¿Estás hasta la coronilla?

JOHANNES. iDebes tener cuidado!

BAAL aparece lentamente en la puerta.

WATZMANN. ¿Eres tú, Baal?

EKART, duramente: ¿Qué quieres ahora?

BAAL entra y se sienta: iEn qué agujero más miserable se ha convertido esto! La camarera trae aguardiente.

WATZMANN. No ha cambiado nada. Sólo tú, al parecer, te has vuelto más fino.

BAAL. ¿Eres tú, Luise?

Silencio.

JOHANNES. Sí, aquí se está bien... Porque tengo que beber, que beber mucho. Eso fortalece. Es verdad que uno se va también al infierno de una cuchillada. Pero es distinto. Es como si se le doblaran a uno las rodillas, sabéis: isin sacudidas! Así: de forma que no se sientan los cuchillos. Con las corvas acolchadas. Por cierto, antes no se me ocurrían esas cosas, tan divertidas, cuando me iba entre los burgueses. Sólo ahora se me ocurren cosas, desde que me he convertido en un genio. Eh.

EKART *estalla*: iQuiero estar otra vez en los bosques, al amanecer! iLa luz, entre los troncos, es de color limón! Quiero volver otra vez a los bosques.

JOHANNES. Bueno, eso no lo entiendo, Baal, tienes que pagar otro aguardiente. Aquí se está realmente tan bien.

BAAL. Un aguardiente para...

JOHANNES. iNada de nombres! Nos conocemos. Sabes, a veces sueño de noche cosas horrendas. Pero sólo a veces. Ahora se está muy bien.

Sopla el viento. Beben.

WATZMANN canturrea:

Hay árboles a docenas frondosos y muy vulgares para ahorcar todas tus penas o reposar tus pesares.

BAAL. ¿Cuándo ha ocurrido esto ya? Una vez ocurrió así.

JOHANNES. La verdad es que sigue flotando. Nadie la ha encontrado. Sólo tengo a veces la sensación, sabéis, de que me bajase por el gaznate, flotando en el mucho aguardiente, un cadáver pequeñito, medio podrido. Y, sin embargo, tenía ya diecisiete años. Ahora tiene ratas y algas en su cabello verde, y no le sientan mal... un poco hinchada y blancuzca, llena de pestilente barro del río, muy negro. Siempre fue tan limpia. Por eso se tiró al río y se volvió hedionda.

WATZMANN. ¿Qué es la carne? Se descompone como el espíritu. Señores, estoy completamente borracho. Dos por dos son cuatro. Por lo tanto, no estoy borracho. Pero tengo el presentimiento de un mundo superior. iInclinaos, sed hum... humildes! Despojaos del viejo Adán. Bebe temblando y con pasión. Todavía no he llegado al fondo, aunque tenga mis presentimientos, y todavía puedo multiplicar muy bien, dos por dos... iDos, d... os, qué palabra más rara! iDos! Se sienta.

BAAL coge la guitarra y destroza con ella la lámpara: Ahora voy a cantar. Canta:

Casi enfermo de sol, carcomido de lluvia, con laureles robados en el pelo revuelto, ha olvidado sus sueños, toda su infancia rubia, y ha tocado ya el techo, pero el cielo anda suelto.

No tengo una voz precisamente argentina. *Afina la guitarra.* EKART. iCanta más, Baal!

BAAL sigue cantando:

iY vosotros, echados de cielo e infierno! Asesinos que tanto y tanto sufristeis por qué abandonasteis el seno materno donde estabais tranquilos, tranquilos vivisteis...

La guitarra desafina también.

WATZMANN. Es una hermosa canción. iDe las que me gustan!

iRomántica! BAAL *sique cantando*:

Por mares de ajenjo, él sigue buscando. Su madre, entretanto, lo ha olvidado ya. Él ríe y blasfema, y a veces llorando, aún piensa en la tierra en que feliz será.

WATZMANN. Ya no sé dónde está mi vaso. Esta mesa se tambalea de una forma idiota. Encended la luz. iCómo va uno a encontrarse la boca!

EKART. iQué idiotez! ¿Ves tú algo, Baal?

BAAL. No. No quiero. Es bonita la oscuridad. Con champaña en el cuerpo y nostalgias sin recuerdos. ¿Eres mi amigo, Ekart?

EKART, trabajosamente: iSí, pero canta!

BAAL canta:

Caminando a través del infierno sin equipaje hacia el paraíso.
Una mueca en el rostro, tan mudo y hundido.
Muchas veces aún sueña con campos muy lisos.
Con sus cielos azules, allá en el olvido.

JOHANNES. Me quedaré siempre contigo. Me puedes llevar contigo tranquilamente. Casi no como.

WATZMANN ha encendido trabajosamente la luz: Hágase la luz. Jejejé.

BAAL. Eso deslumbra. Se pone en pie.

EKART, con la camarera en las rodillas, se pone trabajosamente en pie, intentando alejar el brazo de ella de su cuello: ¿Qué te pasa? Si no es nada. Es ridículo.

BAAL se dispone a saltar sobre él.

EKART. ¿No estarás celoso de esta?

BAAL avanza a tientas, tira un vaso.

EKART. ¿Por qué no puedo tener mujeres?

BAAL lo mira.

EKART. ¿Es que soy tu amante?

BAAL se arroja sobre él y lo agarra del cuello.

La luz se extingue. Watzmann se ríe, borracho, la camarera grita. Entran otros parroquianos de la habitación de al lado, con una lámpara.

WATZMANN. Tiene un cuchillo.

LA CAMARERA. Lo ha asesinado. iJesús María y José!

DOS HOMBRES se lanzan sobre los que luchan: iDíablos, tú!
iSuéltalo! —iEse tipo le ha dado una puñalada, Santo Dios!

BAAL se levanta. De pronto amanece, se apaga la lámpara:
iEkart!

10° DE LONGITUD ESTE DE GREENWICH

Bosque. Baal con la guitarra, las manos en los bolsillos de los pantalones, se va alejando.

BAAL. iEl viento pálido en los árboles negros! Parecen el pelo mojado de Lupus. A las once sale la luna. Entonces habrá luz suficiente.

En este momento, continúa la transcripción...